



LA HORA
DE LAS
BRUJAS

NICHOLAS BOWLING

La Reina Elizabeth I ha encarcelado a María Reina de Escocia, acusada de intrigar en su contra. La madre de Alyce ha sido incinerada públicamente acusada de brujería. Alyce se ve obligada a huir a Londres, pero al ir descubriendo sus poderes de magia oscura, se da cuenta de que fuerzas poderosas le persiguen. Y pronto Alyce se encontrará en lo más profundo de una batalla secreta entre la rivalidad de dos reinas. Una fantasía repleta de giros magistrales, magia, oscuridad y originalidad que explora la Historia real a través de pasajes fantásticos, construidos en un universo alternativo repleto de amistad, perseverancia y muerte...

A mamá y a papá

La EFIGIE de una bruxa cuéntase entre las piezas más ingeniosas de la Magia Compasiva, la qual sirve para dañar o sanar. Con aquellos materiales que su Bruxería permite, la bruxa fabricará una figura con forma de varón o de mugier, vinculando dicha figura al alma de un viviente con alguna materia viva & pudiendo ser esta cabellos o piel o saliva o sangre, etcétera. Desta forma, aquello que la bruxa pudiese fazer a la EFIGIE, lo fará también al alma vinculada.

Preferirán muchas bruxas fazer una EFIGIE a su imagen y semejança, poniendo en esta sumo cuidado para salvaguardar la propia vida.

Arcana, «De la Compasión»

Fordham, Essex

20 de noviembre de 1577

El golpe en la puerta sonó con más fuerza esta vez. Ellen distinguió claramente dos voces al otro lado de la ventana de la choza y, tras ellas, un apagado oleaje de agitados murmullos. Se diría que se habían traído con ellos al pueblo entero.

La casa retumbó. Ellen miró la puerta, luego el caldero que estaba en la lumbre, y luego de nuevo la puerta. No tardarían mucho en derribarla, pero mientras se entretenían con ello, podría sacarles alguna ventaja.

Apresuradamente, reunió los últimos objetos que quedaban en torno a la chimenea —hierbas secas, piedras, figurillas de paja y hueso— y los echó todos al caldero, hundiéndolos uno a uno bajo la superficie de la sopa con una cuchara de madera. Después apartó el mejunje del fuego y lo dejó reposando en el suelo de tierra.

—¡ABRID LA PUERTA, ARPÍA!

«¿Arpía? —se dijo, mientras buscaba una cofia del respaldo de una silla y remetía debajo sus gruesos tirabuzones castaños—. Tampoco parezco tan vieja...».

Después se enderezó, se alisó la saya y se apretó con fuerza los lazos del corpiño. A buen seguro, su aspecto no le serviría de mucho tan pronto abriese la puerta a sus visitantes, pero no pensaba facilitarles el trabajo de ninguna de las maneras. Miró de reojo las dos camas que había en

un rincón de la habitación; una era tan menuda que podría pasar por una cuna, y entonces una sombra nubló su rostro.

«Espero que se acuerde de lo que tiene que hacer».

Más aporreos en la puerta, que pronto cedería y se desencajaría de los goznes.

«Espero que esté a salvo».

Ellen respiró hondo y fue a abrir la puerta. Una luz pálida y un aire frío, rico en aromas húmedos de un otoño tardío, inundaron la choza.

Lo que vio al otro lado le provocó un escalofrío, más de sorpresa que de miedo. Frente a ella había un hombre con un rostro de una imposible belleza. Los marcados pómulos, las arqueadas cejas y la barba picuda le daban un aspecto ligeramente diabólico que Ellen encontró atractivo. Enmarcaban estos rasgos una amplia gorguera y un alto sombrero negro, cuyas enormes plumas cabeceaban como el penacho de un guerrero griego. En el centro de todo ello estaban sus ojos: unos ojos como cuentas, que solo parecían tener pupilas, fríos y negros como los lagos de un bosque. El hombre le sonrió.

—Buen día, caballeros —dijo Ellen con serenidad. Junto al hombre apuesto había otro más alto y flaco. Llevaba una Biblia en una mano. Y en la otra, una soga. Detrás de ellos asomaban las sucias, feas, absurdas caras de los aldeanos, formando un apretado anillo alrededor de la cabaña.

El hombre apuesto se aclaró la garganta y habló. Su voz sonó como un martillo que golpea el yunque.

—Ellen Greenlief, por la autoridad del *Malleus Maleficarum*, se os acusa de practicar brujería, de renegar de Dios Todopoderoso y de su hijo Jesucristo, de sellar una alianza con el Diablo y de cometer varios crímenes de hechicería y necromancia, con los cuales habéis maldecido y afligido a los buenos vecinos de Fordham.

Se produjeron tenues murmullos de aprobación entre los mirones. Ellen hizo lo posible por no parecer impresionada y le devolvió la sonrisa al hombre.

—Perdonadme, caballeros, pero sospecho que habéis hecho este viaje en vano. No soy más que una pobre ama de casa. Me dedico a hilar. A tejer. —Señaló una rueca rota que estaba apoyada en la pared exterior de la choza.

El hombre apuesto soltó una carcajada.

—Ay, doy buena fe de ello, pues os habéis dedicado a tejer una red de mentiras y engaños, y con la mayor de las sutilezas.

Su petulancia traslució con tanta claridad en su rostro que Ellen pensó por un momento que iba a hacer una reverencia. Un par de aldeanos cobraron ánimos al oírle y expresaron su aprobación.

—¡Nunca ha pisao una iglesia!

—¡Agrió toda nuestra leche!

Ellen suspiró y respondió por encima del hombro del apuesto caballero:

—Eso deberíais discutirlo con vuestras vacas, maese Garrard, no conmigo. —Se oyó la risita de uno de los niños entre la muchedumbre—. Entrad, señores, el camino de regreso a Londres es largo. Descansad un poco y comed algo, y después podréis seguir vuestro camino. Hay estofado recién hecho.

—¡Miente! —exclamó otro de los campesinos—. ¡Es veneno!

—Reconozco que no soy la mejor de las cocineras, pero no es muy amable por vuestra parte... Al menos entrad y descansad los pies.

El apuesto caballero seguía sonriendo, aunque uno de sus ojos parpadeaba con impaciencia. Aguardó a que el hospedamiento de los villanos se aplacara.

—Cuánta gentileza de vuestra parte —dijo tranquilamente, sus ojos convertidos ya en negros nubarrones—. Entraremos en vuestra casa, pero eso no significa que vayamos a aceptar vuestra hospitalidad.

El rostro de Ellen se endureció.

—Si lo que buscáis son pruebas que me acusen de brujería, siento deciros que os llevaréis una decepción.

—Sí, por supuesto —dijo el hombre acercándose un poco más a ella. Sus ojos la escudriñaban con avidez, como buscando algo en su persona—. No hay duda de que el Diablo os ha enseñado las mejores astucias para ocultar vuestras artes.

Ellen dejó escapar una risa helada.

—De modo que si encontráis lo que andáis buscando, se me acusará. Y si no lo encontráis, ¿se me acusará de ocultarlo? ¡Qué inteligente! ¡Y yo que creía que la astuta era yo!

El rostro del apuesto caballero se partió en una sonrisa que reveló unos dientes immaculados. Apenas distaba ya unos centímetros de ella. Olía a hierro y a humo de leña.

—Es posible que podáis ocultar vuestros artefactos, bruja, pero no podéis ocultar vuestro cuerpo.

La agarró bruscamente de la muñeca con una mano enguantada, la arrastró hasta la entrada de la casa y le arrancó la manga de un brazo. Ellen notó el frío escozor de la brisa en la piel. La turba contuvo la respiración.

—¡Mirad esto, buena gente! —cacareó el hombre, tirando de ella desde la puerta y levantándole el brazo en alto—. ¡La tetilla venenosa con la que ha estado amamantando a su «familiar^[1]»! ¿Quién sabe cuántas más ocultará su vil cuerpo?

Ellen se miró los dos bultitos que tenía unos centímetros más arriba de la muñeca. Aún no se habían curado de la quemadura con unas tenazas. Escudriñó los rostros de los aldeanos y solo halló odio e ignorancia. Luego se volvió hacia el hombre que la tenía agarrada del brazo.

—¡Esto es de locos! Esto es una quemadura, imbécil, ¿o es que no lo veis? ¡Mostradme a una sola esposa en esta aldea que no tenga alguna de estas imperfecciones!

—¡Sigue negándolo, cuando las pruebas son claras como la luz del día! ¡Mentiras! ¡Retorcidas mentiras!

Los aldeanos rugieron. Algunos comenzaron a arrojar piedras, lodo y estiércol contra Ellen y su casa. El apuesto caballero disfrutaba de su salvaje indignación y dijo al hombre que estaba junto a él:

—Maese Caxton, atadla mientras rebusco en su morada. —Luego se volvió hacia su frenético público—. Nos aguardan más descubrimientos impíos en el interior, demasiado repugnantes para que poséis vuestros ojos en ellos.

—¡La chica! —chilló una mujer—. ¡Tiene escondida a la chica!

Ellen miró al apuesto caballero, que le daba la espalda en ese instante. El vocerío de la muchedumbre era sobrecogedor y parecía succionarla como las olas de una marea creciente. Aunque tenía la cara vuelta, seguía oyendo sus palabras, que parecían florecer dentro de su cabeza.

—Sí —dijo el caballero—. La chica.

A continuación, sin mirarla siquiera, desapareció en la oscuridad de la choza.

Con practicada eficacia, el hombre más alto le pasó los brazos por detrás de la espalda y comenzó a atarle firmemente las muñecas. Ellen pensaba demasiado fuerte como para sentir el mordisco de la soga en su carne, el calor y la viscosidad de sus manos y sus dedos.

El hombre le dio la vuelta, la enderezó e intentó pasarle la soga alrededor de la cabeza. Ahora que podía verlo de cerca, Ellen comprobó que sus rasgos no tenían nada en común con los de su superior: vacíos y cetrinos, eran más bien anodinos. Detrás de él, los huracanados rostros de los aldeanos se rizaban como un espejismo y, más allá, pudo entrever el fresco y sugerente follaje de los bosques de hayas.

«Tendría que haber huido con ella —pensó—. Tendría que haber huido nada más verlos».

El extravagante sombrero del cazador de brujas se mecía, emergiendo de nuevo a la luz del día. Su sonrisa no se había desvanecido, pero mientras avanzaba hacia ella, Ellen

pudo apreciar un matiz más rapaz. Su alto e inexpresivo compañero apretó un poco más la soga.

—¿Dónde está la chica? —preguntó el cazador de brujas.

Ellen lo miró. El caballero avanzó un paso más e hizo señas al que le apretaba la soga, que la ciñó más a su tráquea.

—Hablad —le dijo.

Ella ladeó la cabeza. El caballero apretó más la soga.

—Hablad.

Ellen podía notar el pulso del caballero detrás de sus ojos.

—Hablad, bruja.

A la tercera, Ellen centró su atención en el hombre que apretaba la soga. Abrió la boca como intentando articular unas palabras y él se inclinó para escucharla. Cuando lo tuvo tan cerca como para recibir su acre aliento en el rostro, la mujer dio un tumbo hacia delante y lo besó.

El apuesto caballero soltó una risotada.

—Me temo que vuestros encantos femeninos, por considerables que sean, no conseguirán distraernos de nuestro deber, señorita Greenlief. Pero estoy seguro de que mae-se Caxton aprecia el gesto.

Ellen se reclinó hacia atrás musitando algo. Caxton le dio una bofetada con el dorso de la mano que la tiró al suelo. La muchedumbre bramó de entusiasmo.

Después, por primera vez, una expresión se registró en el pálido rostro del hombre alto; algo entre el miedo y la sorpresa. Era como si intentara escupir, pero sin lograrlo. Sus labios se tiñeron de un color violáceo y se cubrieron de ampollas. Presa del pánico, el hombre intentó hablar, pero algo alojado en su garganta se lo impedía. Primero gorjeó, luego se convulsionó y por fin escupió. Al hacerlo, el hombre vio cómo su lengua, ennegrecida y putrefacta, se le caía de la boca y aterrizaba en el suelo, entre sus pies.

El apuesto caballero miró a su quejumbroso acompañante durante un rato y después a Ellen. Reculó un par de pasos, se agachó y cogió la lengua del suelo con sus enguantados pulgar e índice. Los aldeanos habían enmudecido, y solo se oía un aleteo de oraciones musitadas.

—Esta mujer y su hija —anunció— son una plaga. Nos infectarán a todos. Y como os dirá cualquier médico, buenas gentes, solo existe un modo seguro de prevenir la propagación del contagio. —Miró un rostro tras otro, con los ojos chispeantes—. La hoguera.

Todo Fordham era cenizas y humo. Había empezado a llover una hora antes, pero los restos de la hoguera seguían ardiendo y el olor empalagoso y acre de la madera y la carne carbonizada impregnaba las casas. La culpa era de los aldeanos: se habían dejado llevar, y las llamaradas habían crecido en exceso. La mayoría regresaba ya, exhausta, a sus hogares, pero aún podía oírse a algunos de ellos rastreando los bosques y dando voces mientras buscaban a la chica. Un sol espectral planeaba sobre el horizonte.

Quedaban dos hombres junto a las cenizas, contemplando el lugar que antes había ocupado la estaca. A pesar de la llovizna, John Hopkins permaneció allí plantado, con su alto sombrero negro entre las manos, alisando sus plumas, ensimismado. Su jubón de terciopelo bordado de perlas estaba empapado, lo mismo que sus cabellos, pero no parecía percatarse de nada. Justo detrás de él se hallaba el pastor de la aldea, un anciano lento de cuerpo y de entendederas, que tosía y escupía mientras el viento azotaba su rostro con copos plomizos.

—Doy las gracias a Dios de que estéis aquí, señor —dijo inclinando levemente la cabeza a modo de reverencia.

—¿Mmmm?

—Doy... doy las gracias a Dios. Por haberos enviado hasta nosotros.

Hopkins no respondió.

—Y rezaré por vuestro compañero —prosiguió—. Que Dios lo reconforte en su... congoja.

—Como deseéis.

El pastor levantó la cabeza, confuso. Parpadeó para quitarse la ceniza de los acuosos ojos. Los ojos de Hopkins seguían fijos en la estaca humeante.

—Una vieja testaruda, eso es lo que era —dijo, tamborileando sus enjoyados dedos en la copa de su sombrero.

—¿Decíais, señor?

—La cacatúa. Por lo general, las llamas no han alcanzado las plantas de sus pies antes de que confiesen. —Habla sobre todo para sí mismo y, por una vez, sus labios no se rizaban en una sonrisa—. Pero esta... No ha querido soltar prenda, ¿cierto?

—No, señor. Debía de estar a partir un piñón con el Diablo para que este permaneciera con ella hasta el final —dijo el viejo persignándose.

La mandíbula de Hopkins se contrajo. Había creído que quemando a la madre la chica saldría de su escondite. O que la mujer habría revelado su paradero nada más atarla a la estaca. Pero no había sucedido ni lo uno ni lo otro. Y Ellen Greenliefé ya estaba muerta.

Hopkins se volvió de pronto, y el párroco se estremeció perceptiblemente.

—La chica. ¿Tenía amigos en la aldea?

—No, señor. Estas dos no se mezclaban con nadie. Nunca iban a misa. Ni siquiera después de las sanciones. Nunca salían de esa casa maldita.

Hopkins observó al anciano en silencio durante un rato, y luego miró por encima de su calva cabeza la casa de Ellen Greenliefé, encaramada a la colina que descollaba sobre el resto del pueblo.

—Nunca salían de la casa —murmuró.

Sin una palabra más, se encajó el sombrero en la cabeza y se alejó del párroco colina arriba. La lluvia caía con más

fuerza, y el sendero surcado de baches por el que caminaba pronto se transformó en un torrente embarrado. El cielo era tan negro como un cardenal.

Cuando llegó a la choza, la puerta seguía abierta y la casa tan oscura y vacía como la habían dejado poco antes. El espacio era pequeño, pero la penumbra le daba un inesperado aire de amenaza. Tendría que tener cuidado al andar; no quería que los hechos de Norfolk volvieran a repetirse. Los truenos bramaron y las hayas suspiraron bajo la tormenta inminente.

Hopkins entró en la choza y se sacudió la lluvia de la capa. Bajo la luz mortecina, solo pudo distinguir los lechos en un rincón de la habitación y, en el otro, las ascuas casi marchitas de la lumbre. Un caldero con un guiso frío reposaba aún en el suelo.

Aguardó a que sus ojos se ajustaran a la oscuridad y se acercó a los dos lechos. Algo crujó bajo sus pies y vio que por el suelo se esparcían unas figurillas de animales y personas, trenzadas con paja y pelucas. Colocó una de ellas con cuidado en la palma de su mano y la examinó a la débil luz del fuego. Después la guardó entre los pliegues de su jubón y empezó a recorrer la choza con una mueca. El lugar era demasiado pequeño como para albergar una pared falsa, o un escondrijo de los que servían de refugio a los curas católicos perseguidos, o cualquier otra cavidad para esconder a un hombre. O a un niño. Sin embargo, estaba seguro de que se le escapaba algo.

Los truenos retumbaron de nuevo, esta vez más cerca, dentro de las paredes de la choza, dentro de sus oídos, tan tenues como el gruñido de un perro arrinconado. De repente la oscuridad se acentuó, una honda oscuridad, opresiva, que parecía trepar por su nariz y por su boca cuando intentaba respirar.

Moviéndose a tientas entre las sombras, se golpeó la punta del pie con algo duro e inamovible. Cuando hubo terminado de maldecir, se arrodilló en el suelo y se quitó la

mugre del objeto con el que había tropezado. Era una anilla de hierro, fría y forrada de óxido. Le pareció extraño no haber reparado en ella antes.

Hopkins se puso en cuclillas y tiró con fuerza de la manija dos veces. Al tercer intento pudo estirar las piernas, y la trampilla se abrió cayendo pesadamente hacia atrás. Un resplandor naranja y firme como de horno inundó la choza desde abajo. Hopkins se deleitó en la luz, plantado triunfalmente sobre la entrada del silo, con los brazos en jarra.

Este fue el momento que ella eligió para apuñalarle.

El cuchillo que usó era tan afilado que el hombre no comprendió lo que estaba sucediendo hasta que bajó la mirada y vio el puño que sobresalía de debajo de sus costillas. Se tambaleó hacia delante y cayó rodando por los peldaños, retorciéndose con desmaña para poder atisbar a su asesina mientras esta saltaba por encima de su cuerpo. Le vio la cara, enmarcada por unos rizos que parecían arder con un fuego propio, y por primera vez dejó de sonreír.

Era verdad. Todo había sido verdad.

No la oyó marcharse. Estaba en algún punto detrás de él, su respiración era lenta y regular, mientras que la de él era cada vez más débil e irregular. Sintió que un extraño entumecimiento trepaba por los dedos de sus manos y sus pies.

La chica seguía mirándolo cuando las tinieblas finalmente lo engulleron.

I

Londres
Un mes después

Alyce se desperezó lentamente y se sentó sobre las baldosas en posición recta. Por instinto, se llevó la mano a la cabeza. Cada vez que despertaba hacía lo mismo; cada vez sabía exactamente lo que iba a encontrarse; y cada vez el alma se le caía un poco más a los pies cuando sus dedos notaban el pelo grueso e irregular que sustituía su antigua cabellera.

Echaba en falta sus cabellos, sobre todo en las noches frías como esta. Nunca se los había cortado, ni una sola vez en catorce años; una melena tan larga y espesa que la envolvía como una manta. A su madre le encantaba. Los gobernadores se la habían cortado de una tacada.

Luego se metió un dedo en el oído y se sacó la cera que había introducido dentro esa misma tarde. Llevaba un par de semanas recogiendo las gotitas blancas de las velas de los gobernadores que caían al suelo y las usaba para amortiguar las risas, los lloros y los berridos que resonaban esporádicamente por los pasillos. Todo empeoraba por la noche.

Su celda cobraba una extraña belleza a la luz de la luna, paralizada en una blanca y delicada quietud. Habían barrido el suelo, el cubo en el rincón ya no estaba y le habían dado un puñado de paja fresca a modo de camastro, como si fuera una vaca de feria. Sobre la paja colgaban unas es-